

Título: EL CONFÍN DEL MUNDO

Pseudónimo: EL EXPLORADOR

Yo estuve allí. Lo vi con mis propios ojos. ¿No es eso lo que se necesita para creer? Pues yo creo porque lo vi y también los que conmigo estaban. Ellos también lo vieron y, por ello, ellos, como yo, creen. Todos. Quizá, no podamos explicarlo, eso es cierto. Pero cierto es también que lo vimos.

Podéis preguntarles a ellos. Aunque no a todos porque no todos están. Pero los que sobrevivieron os dirán lo mismo que yo os digo. Aquello era el confín del mundo. Otra cosa no podía ser. Podrá describirlo cada uno según su entendimiento y sus palabras. Aquel muro negro que todo lo engullía era la frontera, la línea final donde el mundo terminaba. Más allá no había nada, aunque detrás siguiera el mundo, si es que lo hacía. Los del otro lado verían el mismo muro negro de su lado, pero el muro estaba allí.

Nadie supo dar razón de cuándo, cómo ni por qué apareció. Ni siquiera el viejo negro que ya estaba allí cuando llegué yo, que fui el primero en hacerlo. Le encontré sentado en una mecedora tan vieja como él, con un pastor alemán tumbado a sus pies. Fumaba en pipa, una pipa sin duda fabricada por él de una pieza, mordisqueada, pues la tenía siempre en la boca aunque estuviera apagada. Y no dijo nada. Era el único ser humano que había allí y le pregunté sobre aquel muro negro. Ni una palabra en todo el tiempo. Sólo miraba el muro, callado, concentrado, pero sin preocupación visible en su rostro arrugado. Era como el que mira el mar en calma. Daba igual que le preguntáramos todos a la vez o en confianza de uno en uno. No contestaba. A veces, te miraba sin mudar el gesto, con expresión neutra. Chupaba la pipa y volvía la mirada a la negrura.

Por las noches, el viejo y su perro desaparecían y el verbo es literal. Nadie le vio desaparecer, por supuesto. Ni siquiera cuando en secreto establecimos turnos de vigilancia discreta sobre él y su perro. Bastaba un parpadeo, dar una cabezada o restregarse los ojos un instante. La mecedora aparecía vacía, balanceándose despacio hasta que se paraba del todo si el viento se lo permitía.

A los dos o tres días ninguno permanecía cerca del viejo negro. No es de extrañar porque dormíamos en nuestras tiendas de campaña, levantadas en un improvisado campamento en medio de aquel inhóspito paraje donde no se levantaba ningún árbol y mucho menos una casa.

Juan Ignacio, el más prudente de los que allí estuvimos, sostenía que el Viejo, como le llamábamos entre susurros, habría encontrado algún agujero o cueva donde cobijarse del frío glacial de las noches. Jamás encontramos tal escondrijo. Y lo buscamos de veras. Necesitábamos encontrarle para convencernos de que una explicación lógica se derivaba de aquella extraña situación. El que el Viejo desapareciera por las noches añadía más misterio y misterio era algo que nos sobraba.

Agustín, el más atrevido, defendía la hipótesis de que el Viejo penetraba en la oscuridad del muro fantástico hasta que al amanecer nos sorprendía meciéndose en su vieja silla de madera con el pastor alemán a sus pies, como si la negrura fuese su tienda de campaña.

Yo nunca supe qué pensar. Todo allí era muy extraño. El Viejo y su perro; el frío que nos helaba cada anochecer aunque el verano se estuviera echando encima; los ruidos de la noche que no nos dejaban dormir, como de termitas que masticaban el aire nocturno; nuestra misma presencia allí, un grupo de jóvenes que no nos conocíamos de nada y que había llegado con la mochila repleta de provisiones y un saco de dormir. Era extraño, sobre todo, que no se hubieran presentado investigadores, ni periodistas, ni científicos para dar

cuenta de tan extraordinario fenómeno. Ni siquiera el ejército, tan dado a estos menesteres con sus entorchados y aislamientos biológicos, como en las películas de Spielberg, fue visto por el lugar. Era como si lo que allí ocurría fuese sólo para nosotros, un evento extraordinario de carácter privado.

Ángel María, el incrédulo que todo lo cuestionaba y que preguntaba por qué incansablemente, como si fuera un tic, era de la opinión de que todo era un montaje, un experimento psicológico en el que nosotros, por supuesto, éramos las ratitas blancas. Le mandábamos callar cuando se entusiasmaba con su teoría y aventuraba lobotomías, sensores cerebrales y autopsias finales. Buscaba cámaras en las piedras. Creo que a él mejor no le pregunten. Se volvió aún más paranoico, loco del todo, aunque ya traía lo suyo. No es un buen testigo. Es posible que yo tampoco lo sea, que ninguno lo seamos. Porque todo suena a sueño, a fábula, a fantasía, a cuento chino. A pesadilla.

Fuimos llegando de uno en uno. Con las mochilas repletas y una enorme ignorancia. Chocaban con metálico tintineo las cantimploras contra las linternas. Traíamos las botas polvorientas y un incomprensible ánimo abatido y resignado. Yo no sé por qué fui. Los demás tampoco. Fue un impulso. La respuesta a una señal que nadie recordaba haber recibido. Tal como llegábamos, presentábamos las mismas reacciones: estupor, primero; maravilla, después; incredulidad, por último.

Nos levantábamos para recibir al último en llegar pero no le decíamos nada porque el recién llegado sólo tenía ojos para el muro negro. Nos quedábamos a su lado, quietos, mirando junto a él, fijamente, las bocas ligeramente abiertas. ¿Abrumados? ¿Asustados? ¿Empequeñecidos? Un poco o mucho de todo ello.

No era para menos. Ante nosotros, hasta donde nuestra vista alcanzaba, ya sea a los lados o hacia arriba, un muro de negrura total. Ni una minúscula partícula de luz en la pared negra o un simple reflejo aunque hacia él dirigiéramos los haces de las linternas.

Parecía no tener fin, ni límites su horizonte. No tenía horizonte. Comprendíamos, o quizás, intuíamos, y mucho discutíamos sobre ello, que debía terminar en alguna parte. Por lógica, había mundo al otro lado. La Tierra es redonda. ¿Qué había pasado con la realidad al otro lado? Nadie había anunciado que una parte del planeta hubiera desaparecido; luego, debía estar ahí mismo. ¿Sería quizás una lámina negra, fina, muy fina, que se alzaba interminable y que dividía en dos el planeta Tierra? ¿Desde el otro lado verían y pensarían lo mismo? No, no había lógica en aquello.

No podía ser una línea bidimensional. Era la nada que todo se lo tragaba. Tiramos centenares de piedras contra el muro. Unas veces como experimento, otras, por aburrimiento o como demostración a los recién llegados. Todas eran engullidas sin un ruido en cuanto tocaban lo negro y desaparecían. Era la nada, tan absurda como innegable.

Francisco, el de las ideas más descabelladas, que decía que aquello era obra de extraterrestres o una nueva tecnología de camuflaje, planteó que lanzáramos al pastor alemán del Viejo contra el muro, a ver qué pasaba. Nadie se atrevió a poner en práctica su plan, ni él mismo, porque ninguno nos queríamos acercar al Viejo imperturbable, que se mecía impasible cada día de cara a lo negro. Lanzamos troncos y Francisco, como consuelo, consiguió lanzar una rata que hirió de muerte en la cabeza con una piedra. Se la tragó lo negro, como todo lo demás.

Apunté que podía tratarse de una puerta a otra dimensión. Fue una teoría bastante celebrada y aceptada, pero que abría nuevas incógnitas y, sobre todo, nuevos terrores. Era, obviamente, o podía ser, más bien, la entrada a una dimensión desconocida. O podía ser la salida. Qué o quiénes podían salir por allí, con qué intenciones y si nos daríamos cuenta a tiempo de lo que sucedía antes de morir aterrorizados o devorados por no sabíamos qué.

En cualquier caso, al quinto día estuvo claro que, fuera lo que fuese, estaba gobernado por seres inteligentes. ¿Cómo si no explicar que ese amanecer encontráramos

montones de piedras perfectamente amontonadas junto a los troncos y la rata lanzada los días anteriores?

Juan Ignacio propuso hacer un experimento porque aseguró que no podíamos estar seguros de que fueran las mismas piedras, troncos y rata que habíamos lanzado, que podían ser otras dispuestas así sólo para desorientarnos aún más. Así que marcamos una piedra bastante grande cada uno con la marca que consideró oportuna y entre tres la lanzamos más allá de lo negro. Nunca antes nos habíamos aventurado tan cerca. Temblábamos, sudábamos, nos mirábamos con terror, pero la lanzamos. Después, corrimos como poseídos alejándonos del muro, no fueran a atraparnos largos tentáculos. Recuerdo que alguno gritó, no sé si fue Agustín o Francisco, como si intuyera algo detrás de él y los demás gritamos aún más fuerte hasta que llegamos al campamento sudando frialdad. Al parecer, nada ni nadie nos había seguido. Todo seguía igual. Ni el Viejo había mudado el gesto ni el perro había levantado su morro de las patas. Al día siguiente, la roca estaba junto a las demás piedras y la rata que empezaba a descomponerse. Y era la misma roca.

Lo peor de aquellos días fue lo de Agustín, el osado, ya os lo dije. Quizás, demasiado. A él no le preguntéis. No os podrá contar nada. Ha desaparecido. Yo creo que se lo tragó lo negro. Ya lo intentó una vez y conseguimos impedirlo. Alguien gritó su nombre, una mañana muy temprano, creo que fue Ángel María, que ya empezaba a mostrar una paranoia acentuada y desconfiaba de todos, nos miraba de reojo. Sostenía que el Viejo era el director del experimento y su perro un androide provisto de cámaras que nos vigilaban en todo momento.

Asomamos las cabezas de las tiendas y vimos a Agustín muy cerca del muro, de frente a él, con los brazos caídos, como el que espera ver acostarse el sol en la playa mientras le mojan los pies olas tranquilas. Le llamamos y no respondió. Entonces, dio un paso más. No me extrañó que lo hiciera. Yo hice exactamente lo mismo una mañana. Uno

de los días fui el primero en levantarme y, sin saber cómo, me encontré frente al muro, a un metro escaso de él. Me sentía tranquilo, recuerdo, muy tranquilo. Quizá, debiera haber respirado con dificultad, por el miedo, pero no fue así. Miraba hacia lo negro y mi mirada debió entrar allí y desaparecer. Mi mano se elevó, lentamente, a punto de tocar o de entrar en lo negro. Era mucho más que un impulso. Me atraía, quería saber qué era aquello, qué significaba. Por qué era yo uno de los que fueron llamados. Debía haber algún sentido en todo aquello. Sin embargo, en el último instante, la bajé y retrocedí. Entonces, sí jadeé de puro terror. Nadie me vio, creo, ni a nadie se lo dije. Comprendí perfectamente, pues, lo que Agustín hacía y estaba seguro de que sentía lo mismo que yo sentí. Los otros, sin duda, también habrían pasado por ello, cada uno en la intimidad de sus motivos. Pero lo de Agustín fue diferente.

Su cuerpo parecía ridículo ante el fondo negro infinito. Corrimos hacia él a una señal de Francisco porque Agustín levantaba una mano para tocar lo negro. Tal y como yo hice en su momento. Aún no me explico cómo fuimos capaces de llegar a tiempo. O eso creímos.

Tiramos de él hacia atrás. Caímos en tumulto, abrazados los unos a los otros. Gritamos. Jadeamos. Fue entonces cuando Ángel María señaló entre balbuceos. Levantamos la cabeza y seguimos la línea de su dedo tembloroso. Gritamos de nuevo al unísono. Algunos se tapaban la boca. Otros escupimos maldiciones. El pie derecho y media pantorrilla de Agustín estaban dentro del muro. Con lentitud, porque el tiempo parecía haberse detenido, miramos su rostro. Jamás olvidaré su rostro mirando su inexistente pie, dentro de aquella demoníaca negrura. Sus ojos, desmesurados, quedaron hipnotizados por una visión de locura. No se apreciaba nada de su pierna, como si acabara allí, limpiamente, y más allá ni hubiera pierna ni nada.

De pronto, soltó un alarido: “¡Sacádmela de ahí!”. Su grito nos hizo reaccionar. Tiramos de él y nos abrazamos llorando cuando vimos que Agustín estaba completo y que nada parecía haber afectado a su pierna. Tiritaba como si todo el frío del mundo se hubiese metido en su cuerpo. No conseguimos que dejara de tiritar ni aún arropándole con todas las mantas. Le mirábamos a él con lástima y entre nosotros con duda, temor, impotencia. Daba miedo verle, tan blanco, temblar con la mirada vacía, hueca, hundida. Las ojeras le devoraban, él que tenía siempre un rostro sano y vital.

Francisco perdió el control y corrió hacia el Viejo negro lanzando alaridos, exigiéndole explicaciones. Le cogió de la pechera, le zarandeó mientras el perro le ladraba. Al Viejo se le cayó la pipa y la pisaron en el forcejeo, destrozándola. Se lo quitamos de encima como pudimos, pero el Viejo no dijo nada. Se compuso la ropa, calmó al perro con sus gestos y volvió a sentarse en la mecedora con los trozos de la pipa en su mano. Cuando Francisco se calmó, el Viejo fumaba de nuevo en su pipa como si hubiese sacado otra de repuesto exactamente igual, con las mismas mordeduras aburridas.

Creo que dije que aquello era una pesadilla y lo era porque Agustín ya no estaba. Con el jaleo le habíamos perdido de vista. En su lugar sólo quedaba un montón de mantas. Buscamos y buscamos. Rastreamos cuevas y agujeros siempre mirando de reojo el muro negro y frente a él terminamos agotados, sentados, seguros de que Agustín ya tenía todas las respuestas.

Como cada noche, pero aún más silenciosos y abatidos, nos metimos en nuestras tiendas y tratamos, sin conseguirlo, de dormir. Escuchamos las mismas termitas masticar el aire; sentimos el mismo frío glacial y dejamos la mente en blanco porque éramos incapaces de soportar con lógica y razón humana lo que nos ocurría.

Al amanecer nos levantamos con pesadez y un profundo pesar en el pecho, en silencio. Esa mañana no hacía tanto frío, sólo corría una brisa fresca, agradable. Nos

miramos y miramos al frente para volvernos a mirar. El muro no estaba. En su lugar, el paraje que tanto habíamos rastreado y pisoteado continuaba hasta el horizonte. Caminamos con prudencia y desconfianza pisando ligeramente al principio y con fuerza después. Hierbas, guijarros, insectos.

Juan Ignacio se volvió y los demás le imitamos. “¡Mirad!”, dijo. La mecedora seguía allí con su tenue balanceo. Ni rastro del Viejo ni del perro. Francisco regresó al campamento, desmontó su tienda y compuso su petate. Después, nos miró, no dijo nada y se marchó. Creí ver que lloraba. Su figura se fue haciendo más pequeña y poco a poco, los demás le imitamos, sumidos en nuestro propio silencio. Cada uno partió en la dirección por la que vino. Nadie volvió la vista atrás. No hubo despedidas.

Yo creo en lo que vi. Estuve allí y lo vieron mis ojos. No sé lo que fue ni puedo explicarlo. Me he hecho mil conjeturas. Todas me parecen válidas un instante y luego las desecho todas por estúpidas. No hay lógica posible. Sólo Agustín, si acaso, conoce las respuestas al enigma del Viejo, su perro y el muro de negrura. Yo lo único que creo es que aquello mientras duró fue el confín del mundo y yo estuve allí para verlo. Mi vida no ha vuelto a ser la misma. A veces siento que el muro aparecerá de nuevo ante mí, en cualquier sitio, en cualquier momento y no sé si seré capaz de resistir el impulso de penetrarlo. Pudo haber sido una prueba, es posible, para probar no sé el qué. Me convenzo a cada instante de que la superé, no como Agustín, o quizás el premio estaba en hacer lo que él hizo. No hay respuesta. No tengo respuestas. Pero creo en lo que vi.